

El propio don Milani exigió ser rehabilitado antes de morir. Al principio se contentó enseguida con que su libro fuera polémico y que lo acogieran o lo atacaran los de siempre (1ª carta). Pero luego vio las cosas de otra manera y aquí queda ese 2º documento privado impresionante, genial e inútil (mientras vivió).



entrenado a coger lo que me dan sin hacer tragedias y tratando más bien de leer dentro cuál será la manera más simple de salir de ello en gracia de Dios y salvarse el alma.

No me rebelaré jamás a la Iglesia, porque tengo necesidad varias veces por semana del perdón de mis pecados, y no sabría a qué otros ir a buscarlo cuando hubiera dejado la iglesia.

En resumen, yo espero haberle tranquilizado. En cualquier caso, por escrúpulo hacia usted, en la próxima ocasión en que vaya a Florencia, veré a don Bensi y escucharé si su parecer es hacer lo que dice usted, o bien (como me ha dicho siempre) seguir estando en paz.

Un abrazo afectuoso, suyo Lorenzo”
(LPB, 86-89).

Carta de don Milani –seis años después– al arzobispo Florit, protagonista del secuestro de su libro

“Barbiana, 6 marzo 1964

Querido Monseñor:

Le agradezco su carta, que no puedo interpretar más que como un gesto de amistad. Pero no he comprendido si Vd. llegó a saber lo que le dije y escribí al Vicario y si Vd. ha sabido, entre otras cosas, que yo le pedí que viniera también Vd. a hablar a mis

chicos y a sus padres.

Naturalmente no le pediría un discurso genérico cualquiera, sino que examinara ante ellos y a fondo, sin pudor y sin piedad, el problema de las relaciones entre mi apostolado y la actitud de Vds.

He pasado mis 17 años de sacerdocio completamente volcado sobre las almas



que me había confiado el Obispo. Del Obispo no me he preocupado nunca. Creía, en mi ingenuidad de neófito, que el Obispo era un padre conmovido por la generosidad de sus hijos apóstoles y únicamente preocupado por protegerlos, ayudarlos y bendecirlos en su apostolado. Creía que él amaba a mis hijos de forma que cuanto yo hacía por ellos le parecía hecho a él y que así el lazo entre ambos, aun sin vernos ni escribirnos nunca, era el más alto y profundo de cuantos existan: un objeto de amor en común.

Tras 7 años [fuera de Calenzano] de esta ilusión idílica, conocí de un golpe la trágica realidad: ¡la Curia florentina y el Obispo eran un desierto! Así que escogí entonces la que, en aquel momento, me pareció la vía de la santidad: durante 9 años [en Barbiana] sólo me he preocupado de salvar mi alma y aceptar en silencio las crueldades pueriles, sádicas, irreligiosas e inconscientes, con que Mons. Tirapani, Vd. y Mons. Bianchi (y, por consiguiente, automáticamente también todos los demás sacerdotes que nadan en ese ambiente) pisoteaban en mí a un hombre, a un neófito, a un sacerdote y a un párroco, al que en 17 años de sacerdocio no habían sabido encontrar ni el más pequeño agarradero para un reclamo, un consejo, una amonestación.

Me he preocupado de aceptar en silencio, porque quería pagar mis deudas con Dios, las que Vds. desconocen. Y, sin embargo, Dios me ha endeudado todavía más: ha hecho que me acogieran los pobres y de su cariño me ha rodeado. Me ha dado una familia grande, misericordiosa, ligada conmigo por tiernísimos y, a la vez, elevadísimos lazos. Algo que, me temo, Vd. no ha tenido nunca. Por eso me ha dado lástima de Vd. y he decidido responderle.

De dos años a esta parte los médicos y algunos indicios me han dicho que es la hora de prepararse a la muerte. Así que he querido revisar fríamente estos 17 años de sacerdocio. Más aún, sus frutos. Y me ha saltado de repente a la vista que la santidad no es tan sencilla como yo creía. Dejarse pisotear puede ser santo, pero al pisotearme a mí, Vds. pisaban también a mis pobres, los alejaban de la Iglesia y de Dios.

Y, además, ¿de qué sirve amar y callar, poner la otra mejilla a los abusos y a las calumnias cuando quien los hace es el jefe de la Iglesia florentina? Cuanto más santamente me callaba, más escandalosa aparecía la lejanía del Obispo respecto de los pobres, de la verdad y de la justicia.

He trabajado en la construcción de mi santidad personal y, aunque la hubiera alcanzado, no

habría servido (en esta vida) más que para sacar a la luz la abyección de una Curia que exilia a los santos y honra a los aduladores y espías.

Si ahora no me honra Vd. con algún acto solemne, todo mi apostolado aparecerá como un hecho privado, algo parecido a la obra de un pastor protestante. Pero yo no lo soy y Vd. lo sabe. Si Vd. hubiera tenido sobre ello no más que una sombra de duda, tenía la obligación gravísima de llamarme o de venirme a buscar. Durante 17 años he servido a la Iglesia Católica en sus pobres y hoy querría, al menos una vez, servirla también en sus ministros, a los que, por desgracia hasta hoy, he descuidado y hasta olvidado. Ahí tiene por qué hoy le tiendo una mano. ¿Quiere heredar mi humilde obra? ¿Quiere recoger donde yo he sembrado? ¿Quiere participar del abrazo afectuoso de los pobres que me quieren mucho, que he tratado de acercarlos al Señor, que son tan buenos (casi diría tan “estúpidamente” buenos) que son capaces de perdonarle todo, de la noche a la mañana, y acogerle como a uno de ellos, como me han acogido a mí? ¿Quiere borrar de un plumazo 17 años de escándalos dados por la Curia florentina a los dos pueblos que me había confiado? ¿Quiere incorporar de un plumazo (además obligatorio) a la ortodoxia católica lo que durante 17 años yo he mantenido heroicamente hasta el escrúpulo en la ortodoxia católica y que, sin embargo, su comportamiento hasta hoy hacía parecer heterodoxo?

Le propongo una solución práctica. Invíteme Vd. personalmente a tener unas clases o conversaciones de práctica pastoral en el seminario Mayor. O mándemelos todos aquí arriba en viaje de curso para que vivan una jornada entera con mis chavales. No le pido que diga a los seminaristas y a mis dos infelices pueblos que ésta mía es la santidad, ni que ésta es la receta única del apostolado y, todo lo demás, el error. Le pido sólo que diga a los seminaristas y a mis dos infelices pueblos que en la casa de Dios *mansiones multae sunt* [hay muchas moradas] y que una de ellas, generosa y ortodoxa hasta el espasmo ha sido la del cura que hasta hoy Vd. implícitamente ha insultado y permitido insultar.

Un abrazo fraterno, suyo, Lorenzo Milani, sac.”

(LPB, 207-210 y corregido sobre la copia del archivo FSCIRE).

Nota. Esta mano tendida a su Obispo se quedó sin efecto durante los tres años que aún sobrevivió a su mortal enfermedad. ■